

riores amenazas. Las prácticas intrusistas, la manipulación política por cuestiones de identidad nacional o programa gubernamental y la exigencia de la adecuación de la historia a los imperativos ideológicos, morales y sentimentales de la sociedad civil, conlleva a que los académicos de esta disciplina, quizás no de manera consciente, consientan que sean arrinconado, apartados, en el debate sobre las grandes problemáticas de nuestro tiempo.

La historia (tanto con mayúscula como con minúscula), tal y como afirma Margaret Macmillan, es una guía imprescindible. Nos proporciona humildad en una época de *hibris*, nos estimula a reflexionar sobre el mundo actual y sobre todo, a hacerlo desde una perspectiva a largo plazo en la que los elementos de cambio y continuidad, de similitud y diferencia nos ayudan a discernir las claves, o al menos a orientarnos en su búsqueda, de los fenómenos y acontecimientos.

The uses and abuses of History repasa de manera sintética, clara y aguda las principales contradicciones en las que ha caído toda intención partidista y manipuladora de la Historia. Lo hace sin estridencias, de manera convincente. El peso de los hechos es suficiente para comprender la disección que la autora realiza sobre cada uno de los intentos (muchos de ellos culminados en éxitos) de utilizar el pasado como proyección de un presente y futuro pertenecientes a la voluntad y ambiciones de unos pocos. Esta obra es una breve y utilísima ilustración del peligro que acecha, utilizando las palabras de Orwell, de dejar que dominen nuestro pasado. Porque así podrán hacerse dueños de nuestro futuro.

Martínez Hoyos, Francisco, *La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas*. Barcelona, Ediciones Rubeo, 2009, 214 pp.

Por Ángel Luis López Villaverde
(Universidad de Castilla-La Mancha)

El ser humano puede creer, dudar o negar la existencia de Dios pero las organizaciones sociales, al parecer, no pueden prescindir de la religión. Para bien o para mal, es una realidad cargada de dramatismo. Se cree en Él por fe o por interés —la vida eterna proporciona una explicación trascendente que aplaca dudas existencialistas—. En su nombre,

las diferentes iglesias, jefes o líderes intelectuales han ido marcando históricamente doctrinas, liturgias, conductas morales, socializando a los fieles —incluso a los infieles, a su pesar— y, llegado el caso, han invocado la guerra santa. Se puede llegar a vivir o matar en nombre de Dios. Pero *yihad*, cruzadas o persecuciones han partido de un trágico error: la identificación de fe religiosa con religión —o iglesia— desde una perspectiva exclusivista y dogmática.

Quienes se confiesan agnósticos o ateos suelen proyectar también sus anhelos redentores —terrenales, no sobrenaturales— hacia lo que algunos autores llaman religiones “cívicas” o “políticas”, sustitutivas de las divinas. También en estos casos hallamos mitos fundacionales, héroes, rituales litúrgicos y paraísos futuros. Juan J. Linz o Salvador Giner, entre otros sociólogos, han teorizado sobre ello y a sus trabajos remito. Lo que me interesa destacar es que en todas estas versiones —por supuesto en las “religiones políticas”, vinculadas a los totalitarismos, pero también en las religiones monoteístas y en las “religiones cívicas”— conviene advertir de los riesgos que conllevan, sobre todo cuando se impone el dogmatismo.

Si las sociedades humanas no pueden vivir sin religión, tampoco lo pueden hacer sin la *res publica*. A la hora de organizar la convivencia —y el orden social, por tanto— el poder político y las confesiones religiosas han rivalizado históricamente mediante una pugna dialéctica que les ha llevado ora a confluír en intereses, ora a someterse la una a la otra, ora a enfrentarse más o menos abiertamente. Y los riesgos en el ámbito político son similares, pues se ha tendido a politizar la religión o a darle una dimensión religiosa a la política. Aunque las fronteras son difusas, algunos autores (Linz) distinguen las “religiones políticas” de las “religiones politizadas”.

Esta digresión me parece oportuna para entender el libro *La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas*. Su protagonista (1933-1980) intentó compaginar su fe religiosa con la lucha política, la conversión del hombre con la dignificación de su vida. Francisco J. Carmona, en una reseña publicada recientemente en la revista *El Ciervo* (tan vinculada al propio Comín en su día), ha resumido perfectamente su proceso biográfico: una educación tradicional que sufre un punto de inflexión con su apertura a otras realidades apostólicas y políticas en su etapa universitaria y su pos-

terior contacto con el mundo obrero (en Málaga y Barcelona); las influencias recibidas del catolicismo francés, en especial de Mounier (para su compromiso político) o del hermano Carlos de Foucauld (tras cuyas huellas vive una profunda religiosidad), junto a su mujer, María Luisa, cuyo protagonismo salpica todo el relato; su vinculación al ámbito editorial (Nova Terra o Laia, entre otras) y su colaboración en la prensa progresista de España y de Francia; su militancia clandestina, primero en el FLP y luego en Bandera Roja y el PSUC o el PCE.

El autor, Francisco Martínez, doctor en Historia por la Universidad de Barcelona, participa en revistas de gran recorrido en el ámbito historiográfico y del pensamiento como *Historia y Vida* (como redactor y documentalista), *El Ciervo* (colaborador) y *Historia, Antropología y Fuentes Orales* (forma parte de su consejo de redacción). Además es autor de un libro sobre *La JOC a Catalunya (Els senyals d'una Església del demà, 1947-1975*, Barcelona, editorial Mediterrània, 2000) y otro sobre el héroe de la independencia venezolana *Francisco de Miranda* (Edicomunicación, 2001).

El libro ha huido, de manera clara, de cualquier suerte de hagiografía. Por otra parte, Comín difícilmente puede considerarse un “santo”, aunque es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el Vaticano santifique a un “rojo” –perdónese me la licencia–. Tampoco fue un hereje, sino un hombre de carne y hueso, con una vocación política enorme, unas dotes de liderazgo incontestable y una fe religiosa tan acendrada como alejada de convencionalismos y obediencias jerárquicas o dogmáticas. Carismático, místico y político son las tres facetas de un heterodoxo, de una persona poliédrica, que evolucionó desde el carlismo (influido por su entorno familiar durante su juventud) hasta el comunismo, que pretendió compaginar su idealismo revolucionario, su fe religiosa y su pragmatismo político. Su vida pública, bien documentada por el autor con abundante documentación oral y archivística, transitó en un momento clave de nuestra historia reciente, el último franquismo y los albores de recuperación de la democracia. Su muerte, en 1980, nos remite a un tiempo y un país que quería reinventarse a sí mismo, donde lo “burgués” era anatema y en el que muchos podemos reconocer nuestras raíces.

Eso implica evitar toda suerte de idealización. Uno de los mayores riesgos del historiador es incurrir en la mitificación de su objeto de estudio. Pero

este libro viene a desmitificar las entrañas de la lucha clandestina de la izquierda. No salen bien parados ni la maoísta Bandera Roja ni el eurocomunista PSUC; tampoco sus líderes, en especial Jordi Solé Tura. Y en cuanto a la coherencia ética del protagonista, que tanto preocupa a su biógrafo, comparto con Francisco J. Carmona que no resulta menor que la de muchos de sus coetáneos, la *gauche divine* de escritores e intelectuales, políticos progresistas, etcétera. Y, puestos a comparar, tampoco el supuesto “oportunismo” de Comín resultaría tan diferente del practicado por los preladados, en especial el cardenal Tarancón, sino todo lo contrario. Por otra parte, el papel asignado a Suárez o el Rey (p. 161), que aparecen sólo de pasada en sus páginas, está sobrevalorado, a mi juicio, en sintonía con una mitificación fundacional de la Transición que no llega a superarse. Convendría, así mismo, matizar el supuesto apoyo eclesiástico a la Constitución (p. 172) o la neutralidad política que el autor observa en la jerarquía eclesiástica durante la Transición, dada la ambigüedad mostrada al respecto por la Conferencia Episcopal.

Estas apreciaciones en modo alguno pueden rebajar la calidad del trabajo que nos ocupa, no sólo por su contenido, pues aborda brillantemente desde una perspectiva “desde debajo” la lucha contra el franquismo en Cataluña (y, parcialmente, también en Málaga, donde Alfonso Carlos vivió una temporada); sino también por su forma, ya que el autor logra enganchar con un relato ágil, donde él mismo se hace presente formulando numerosas hipótesis para que, como dice Mercedes Vilanova, el lector decida o reflexione, si quiere. De paso, sospecho que le ha servido al propio biógrafo de terapia, como puede ocurrirle a buena parte de los lectores.

Sus páginas sugieren múltiples cuestiones que nos devuelven a curiosas paradojas. Si el nacionalcatolicismo que tanto combatían los católicos progresistas y, entre ellos, los “coministas” –neologismo empleado por quienes veían en Comín un verdadero líder, reforzado además por su mirada penetrante y su aspecto personal, cercano a un “Ché Guevara redivivo o un Cristo resucitado”– era una “religión politizada”, ¿acaso no lo era, desde una perspectiva completamente diferente, la convergencia de cristianismo y socialismo? Es otra de las contradicciones de un personaje que se oponía a cualquier dogmatismo pero que no por eso dejaba de comportarse de manera dogmática.

Se echa en falta, en mi opinión, un mayor protagonismo de los debates internos y movimientos estratégicos de las comunidades de base, seculares y curas “obreros” –bien conocidos por el autor, como ha demostrado en trabajos anteriores–, que tienen, aparentemente, menos peso en sus páginas que los aspectos más claramente políticos o teológicos. Porque parece existir un cierto paralelismo y coincidencia en el tiempo entre los debates esencialistas del PSUC (en torno, por ejemplo, a cristianismo y ateísmo) y de la Iglesia (sobre perdón y reconciliación o celibato). En sucesivas ediciones –que auguro las tendrá– sugiero un mayor énfasis en este ámbito.

El libro aporta, por otra parte, elementos valiosos al debate historiográfico en torno al significado de la Transición. Si alguien dudaba a estas alturas sobre los orígenes del discurso de la reconciliación, defendido de manera casi simultánea por católicos y comunistas desde mediados de los cincuenta, este ensayo biográfico resulta claramente esclarecedor. Pero aún más clarificante es la diferenciación que debe establecerse entre “reconciliación” y “pacto”. Comín es un claro representante de cómo la “reconciliación” y la superación de la Guerra Civil (provenía de una familia de “vencedores”) no estaba reñida con la “ruptura democrática”, lo que le llevó a enfrentarse con la dirección de la revista *El Ciervo*, a la que había estado ligada durante años, por preconizar ésta la reforma (pp. 162-163).

Y, sobre todo, ilustra brillantemente la “revolución cultural” que se produjo en el seno de la Iglesia Católica desde mediados de los sesenta, con el Concilio Vaticano II como referente y Comín a modo de icono. En ese momento, el conflicto político-religioso que había atravesado durante más de un siglo España y había llegado al paroxismo en los años treinta, había variado radicalmente: aunque la dictadura franquista se definía como un “régimen católico”, numerosos católicos estaban luchando contra ella, los dirigentes comunistas preferían pactar con ellos y el anticlericalismo se estaba deslizando a la extrema derecha.

Alfonso Carlos Comín murió en 1980, en el principio del pontificado de Juan Pablo II, cuando apenas se vislumbraba la involución que iba a protagonizar. Con su muerte, también lo hizo el cristianismo progresista catalán, del que era referente, y, poco después, su partido, el PSUC, entró en lo que el autor define como espiral autodestructiva.

Quedaba mucho tiempo todavía para el desembarco en opciones más moderadas de antiguos camaradas suyos de Bandera Roja, como Solé Tura (en el PSOE), Pilar del Castillo (PP) o Federico Jiménez Losantos (sic). Pero más que hacer el ejercicio estéril de presumir qué hubiera hecho Comín de haber vivido hoy en día –tendría 76 años, casi veinte menos que Carrillo o Fraga–, hay que destacar el hecho de que su temprana desaparición se produjo en un momento en que el cambio social aún parecía posible y no se descartaba un binomio antes impensable –y, tras su muerte, olvidado o contaminado–: cristianismo y socialismo.

Para Comín lo importante era asumir riesgos, actuar, aunque se equivocara. Concibió su vida como una carrera de obstáculos, siguiendo su máxima de “creyente no es el que cree, sino el que busca tener fe” (p. 196). El autor y el editor han arriesgado con este libro, tan rompedor como el personaje que retrata. El lector puede buscar aquí numerosas respuestas de las que, probablemente, brotarán nuevas preguntas; y, en algún caso, podrá trasladarse a la “edad de la inocencia”.

Match, Christof; Zeller, Thomas, *Rivers in History. Perspectives on Waterways in Europe and North America*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2008, 229 pp.

Por Pablo Corral Broto
(École des Hautes Études en Sciences Sociales)

El libro editado por Christof Mauch y Thomas Zeller, bajo una serie coordinada por los consagrados historiadores ambientales de lo urbano Martin V. Melosi y Joel A. Tarr, recoge la conferencia impartida en el German Historical Institute de Washington, D.C., en diciembre de 2003. Quizá en el tiempo tomado para la edición esté parte de su éxito, aunque la trayectoria de los dos editores y de los autores es, desde luego, la mejor garantía del mismo. El reto, entonces, residía en la capacidad de resumir las líneas historiográficas más definidas a la hora de abordar la historia de los ríos en el mundo «occidental». ¿Por qué? Pues bien, sobre todo, porque la introducción no sirve de justificación del resto del libro reduciéndose a indicar que habían detectado una ausencia de trabajos previos, todo lo